

SEGUNDA PARTE

I

—;Allá voy á callarte, condenado, allá voy!...

Y entreabriendo los ojos, hinchados de sueño, Salvador se incorporó en su modesto catre, y con un codo hincado en las almohadas, aguardó el resultado de su amenaza.

La de todos los días; en vez de que el zentzontle se callara, siguieron sus gorjeos y aletazos dentro de la jaula colgada en la habitación contigua, siguió su silbar montañés y melodioso con que saludaba á las auroras que por rendijas y vidrieras se entraban en el estudio calladamente; en vez de que «Netzahualcóyotl» callara—con este nombre estaba bautizado el pájaro,—aparecióse á la puerta del dormitorio, enarcando el lomo y con la cola erecta, el otro compañero del pintor, el «Obispo», un corpulento y obeso gato atigrado, al que Salvador brindara pan y techo, muy recién trasladado á éste su nuevo domicilio de la calle de la Canoa, en que el artista vino á parar todo maltrecho y desesperanzado á raíz del abandono de su hija Magdalena, que lo echó por la calle de en medio, sin familia, sin creencias; una bancarrota moral que ya duraba casi dos años.

Esta del alba era su hora más triste; á ella lo despertaban los dos únicos seres que guardábanle compañía en su soledad tétrica, no importándoseles que hubiera

F. GAMBOA

trasnochado ó que no se sintiese bien, nunca censurándole su conducta ni afeándole sus procederés.

Era la hora en que se le venían á la memoria su vida mancada, sus ídolos rotos, sus amores muertos. Tan espantosa resultábale, que en más de una ocasión tornó á cerrar los ojos para que la pesadilla se disipase pronto. Nada quedábale ¡nada! En el cementerio, el polvo de su Emilia; en la conciencia, un intermitente torcedor por la seducción de Carolina, también al parecer tragada y devorada por la tierra; en un salvaje rincón de Chiapas, su hija casada y madre ya, escribiéndole de vez en cuando cartas melancólicas de persona que no es feliz, y en un convento de Roma, su otra hija, Magda, monja al fin y muerta para el mundo y para él, para él principalmente, que la había idolatrado tanto, que tanto la lloraba por las noches, á solas con su retrato y con su recuerdo... ¿Con qué objeto, pues, seguir viviendo la vida que él vivía?...

Entonces abría bien los ojos, restregábaselos, y en paños menores, por ahuyentar congojas, ibase al estudio á descorrer, escoltado por el «Obispo», la cortina que estorbaba el entrar de la mañana, y á dar á «Netzahualcóyotl» desayuno y agua, á tiempo que contemplaba, nostálgico por todo lo perdido, los cielos grises como su espíritu, de los amaneceres de nuestro valle. Friolento, regresaba á acostarse en unión del «Obispo», que se hacía un ovillo á sus pies; ordinariamente Salvador dormíase de nuevo, no más allá de las ocho, en que se levantaba á lavarse, á apurar el café que él mismo calentaba en lámpara de alcohol, y á compartir sus bizcochos, desde la vispera comprados, con el fiel «Obispo», que, hilando, hilando, sentado en la grupa, no apartaba sus pupilas de ágata del jarro de la leche ni de la mano del amo, que le arrojaba migas. Si era día de aseo en la vivienda—miércoles y sábados,—salíase

RECONQUISTA

Salvador á la azotea, al sol, sacando el zentzontle y el gato, que no se llevaban mal, en tanto que la portera, venida desde sus regiones remotas, entrábase á levantar gran polvareda, á repartir trapazos y á contarle al artista—que la oía apenas—la madeja de chismes que á manera de telaraña deforme envolvía la complicada casa de vecindad, ó las dolencias de su hombre (carpintero de oficio, pero ocioso y borracho de profesión), quien no encontraba trabajo para soportar la carga de la pareja y la de la chiquilla que, como erupción, habíales nacido de su enlace. Si no era día de aseo, también sacaba Salvador á la azotea—que venía á ser patio y vestíbulo á la intemperie de su morada,—al «Netzahualcóyotl» dentro de su tosca jaula de *carrizos* en que lo había comprado, y al «Obispo», recogido enteco y hambriento de esa misma azotea cierta noche en que llovía á cántaros y en que Salvador, muy amigo de animales, dolióse del gato y le brindó asilo, que el otro retribuía en moneda de cariñoso agradecimiento. Luego, ventilaba estudio y dormitorio si no tenía que marcharse á su cátedra—en el cual caso sólo el estudio quedaba abierto, pues él arreaba con su llavín,—y se ponía á trabajar frente al caballete que ya no sustentaba los cuadros de otrora; hoy sustentaba lo que produce dinero inmediato y se sancocha á las volandas, sin estampar firma ni encariñarse con el asunto y la factura, sin pensar en renombres ni glorias, el «contrabando del arte», según el propio Salvador denominaba la faena. Más á menudo, poníase á la mesa en que comía y desayunaba, y en la que iba leyendo los libros que se había propuesto leer: mucho de historia de México, bastante de filosofía, su poco de socialismo y su más de novelas rusas y dramas escandinavos; toda una biblioteca, prestada en su mayor parte, cuyo jugo prometíase exprimir y aprovechar, mezclándolo á la expe-

rimentación suya de su país y de su vida; desesperanza y ciencia que habría de trasegar del cerebro á las cuartillas que venía escribiendo sin disciplina ni concierto, y que algo abultaban amontonadas en un ángulo del mueble espacioso, entre restos de cena, botellas de cerveza ó «tequila», y los retratos de sus gentes: Emilia, de novia; Magda, de monja; Evangelina, de mamá, con el crío en el regazo, y Carolina, de doncella enamorada, ¡que enamorada y doncella estaba cuando con su fotografía lo obsequió, á los principios de sus tristes amores!...

¡Qué caer, Señor Dios, qué rebotar contra las peñas y las rocas de la sociedad en que vivía, de sus *hermanos* y compañeros de arte, de casi el entero grupo envenenado y diminuto de los intelectuales de la ciudad virreinal y empecatada!... Claro que el principal culpable era él, demasiado que se lo repetía de palabra y pensamiento durante las horas y horas que permanecía confinado en su encierro, hasta las del anochecer, que, empujado por misteriosa fuerza que su voluntad desahuciada y macilenta no podía contrarrestar, volvía al grupo y con él participaba de su existir morboso y ruín de cerebrales que así quisiesen volar, cual en los comienzos de sus vidas de artistas, les es imposible ya desplegar las alas no recogidas á tiempo, y ahora rotas, enfermas, sucias de arrastrarlas por las sospechosas antesalas ministeriales, por las inmundicias de los periódicos sin conciencia, por los fangos de la adulación á próceres legítimos y á los que sin serlo lo aparentan más que aquéllos; próceres á quienes han tendido las liras, los cinceles y las notas en demanda humildísima de un salario por el que no haya que devolver trabajo, pareciéndose en ello á los pordioseros, con salud que disfrazan y con fuerza que ocultan, que en los atrios de las vetustas iglesias catedrales tienden las manos y vuelven á tenderlas, aunque se

las rechacen ó los menosprecien, á fin de que en ellas caiga la lluvia tibia de las limosnas que permiten tornar á la inacción y los vicios, mientras las almas se enlutan por la vergüenza muerta. Y en las lenguas los acibares, en el mirar los odios, la obra soñada no nace nunca, sino que se esconde en los repliegues internos donde no penetra el cieno con que voluntaria ó desdichadamente nos emporcamos las epidermis; la obra impoluta, la soñada, metida muy adentro, cansada de esperar los años y los meses, nosotros sumergiéndola más, prometiéndole y prometiéndonos que alguna vez hemos de sacarla á luz, en cuanto estemos limpios, sin remordimientos, envidias ni rencores.

No obstante que Salvador de coro sabíase que sus *amigos* odiábanlo por solitario, productor y fuerte, ya no podía tener comercio sino con ellos. La inquina que les adivinaba, no reconocía ninguna otra causa; pues sus defectos y desastrado vivir, aquella modorra de su sentido moral, con mayor ó menor hipocresía también en los otros abundaban. Intimó con Covarrubias, el novelista, un tipo tan independiente como él y á quien tampoco perdonaba el grupo el que, amén de la venta de sus libros, disfrutase de bien retribuido empleo en el «ministerio de la Gobernación»—cual el propio Covarrubias designábalo por pueril madrileñismo.—Covarrubias acabó de ilustrar al pintor acerca de la guerra sin cuartel que entre sí se libraban los literatos.

—Somos los peores ¡creémelo!—le decía,—peores que ustedes y que los músicos, tremendos en su escala. Los menos malos son los escultores, gracias á que haciendo las cuentas en regla, resultarán dos ó tres; si más fueran, nos igualarían...

Luego entraba en detalles, le pormenorizaba sucesos, explicábale fenómenos casi inverosímiles de odio. Parecían lobos, que partidos á correr por ancho sendero en pos de

una buena pitanza sobrada para todos,—cual sobraba el sendero para que todos holgadamente lucieran facultades y ligereza,—por ser lobos, en lugar de correr peleaban á dentelladas y zarpazos, y en vez de arribar al término de la carrera, los que pudieran y lo mereciesen, conformábanse con devorar al que tropezaba acosado por la camada que sólo hacía causa común con tal objeto: deshacer al que revelaba desde el arranque, piernas más ágiles y pulmones más robustos; desagregándose en seguida, á fin de morder al vecino y de arañar al distante.

—¡Fíjate bien—insistía con Salvador,—supuesto que te ha pegado la chifladura de escribir sobre estas cosas, descuidando tus pinceles, con los que realizarías algo muy superior á lo que escribas! Fíjate y verás cómo no te exagero un ápice y cómo, de veras, nosotros, los de la pluma, somos los peores, entre otras cosas, porque sin ser todavía los que debiéramos, si somos los más, el núcleo múltiple, metiendo poetas, prosadores, diaristas, dramaturgos y saineteros. Todos, y en esto no nos diferenciamos de ustedes los pintores y músicos, le tiramos al empleo del gobierno, ¡absolutamente todos!! igual los nacidos aquí como yo, que los provincianos como tú, ¡no hay excepción!... Y los opositoristas que andan por ahí, sólo lo son en tanto permanecen alejados de este festín del presupuesto que regala cubiertos á todas las condiciones sociales; que posee en su maravillosa vajilla y *argentería*, desde la cuchara de oro con monograma y escudo para las primeras partes, hasta la de palo, desgastada pero suave, para los comparsas... Y lo raro es que no hemos tenido un solo gobierno, á partir del virreinal, que no emplee literatos y de ese modo proteja á su manera las letras patrias... ¿No lo crees?... Pues registra los anales del diluvio de administraciones; hurga en nóminas de empleados, empezando por ministros y aca-

bando por meritorios gratificados, y ya te darías de santos con poseer en pesos duros los cientos y millares de nombres de gente de letra que hubiera perecido de inanición y dejádonos sin sus lucubraciones, á no ser llamados por los gobiernos á los banquetes del tesoro, ¿qué opinas de este dato?... No por ello vayas á suponer que todos los gobiernos lo hicieron á sabiendas, ¡no hay que calumniar á nadie!... Hiciéronlo, por herencia goda en primer lugar—el literato chupando las ubres de una administración es hábito tan español como el puchero ó las alpargatas,—y en segundo, porque allá á los principios del éxodo hispano, no se disponía aquí más que de curas, militares y aficionados á las letras... ¡sí, hombre, te juro que sí, yo he estudiado el punto!... Pero como los militares no se ocupaban sino en cuartelazos y pronunciamientos, y los curas en ayudarlos, los letrados únicamente—si el nombre no te llena, lo cambiamos ¡y en paz!—podían desempeñar el lado civil de nuestra existencia de soberanos, ¿qué tal?... Cual pulpos se agarraron los malditos á cargos y empleos, y éstos, ¡asómbrate!, aún llegaron á transmitirse de padres á hijos... Sí, sí, como lo oyes ¡de padres á hijos!...

Atajábale Salvador, que no gustaba de verlo caer en la tecla chocarrera, y que pedía seriedad para tratar del tópico; pedía que el literato le prestara toda su observación de novelista—que no es la misma que la del pintor, por mucho que entrambos pinten,—pero sin desfigurarla con la exageración y el gracejo:

—Sigue hablando en serio, tú, como principiaste, que precisamente esa manía de echarlo todo á la broma es la dolencia aguda del país, ese querer con un chiste arreglar los problemas que más debieran de amedrentarnos...

—¿Que en serio te hable de esto, Salvador? ¿de nuestra situación artística y sociológica, es decir, que te hable

en serio de nuestra situación nacional?... Vaya, hijo, vaya, no desbarres ni te entres en el caletre destornilladas ideas ¡por lo que más ames!... ¿No ves que si en serio habláramos, de verla tan anormal y tan sin rumbo, terminaríamos llorando ó nos volveríamos locos de no poder remediarla ni atajarla siquiera, á pesar de tus pinceles tú y de mi pluma yo?... Recobra el juicio, soñador, y riete, hombre, ríe, como me río yo cada ocasión en que pienso en nuestros problemas insolubles, mientras no, mientras... ¡sea, que no me da la gana!... ¡Alárgame un cigarrillo!...

—¡Cobarde!—replicábale Salvador después del breve silencio en que con la mirada habianse contestado á una porción de preguntas,—¡cobarde, que por miedo á perder la pitanza en el ministerio, no te atreves á escribir en tus libros lo que ves y lo que piensas! Rompe esa pluma que sólo te sirve para firmar los recibos de tus sueldos, y antes que intentar una obra nueva, quema ya las publicadas, por inservibles...

—Oye, oye, apóstol y futuro mártir, ¡ten la lengua!, que ni en mis libros publicados es todo paja para quienes lean entre líneas, ni me arredrará el que me declararan cesante de por vida á causa de un libro que algo remediara nuestra condición. ¿Quién te ha contado que empleado es sinónimo de esclavo? ¿Dónde consta que al que le pagan un sueldo, á cambio de un trabajo, se le obligue á pensar igual que el amo? ¿De cuándo acá los gobiernos de ninguna parte se han atrevido á formular exigencia tamaña?... Si adviertes que ello así sucede, atribúyelo á lo que es de atribuir: á nuestro envilecimiento progresivo como individuos, pero no á un derecho del gobierno y á una obligación correlativa del empleado. Enhorabuena que se me destituya por incapaz, ó por delincuente, si delinco; mas porque piense ó escriba con distinto criterio del de los que

arriba me quedan, si éstos me sitian por hambre, sería la última, y más perderían ellos que yo ¡te lo protesto!

—Pues entonces, ¿por qué no lo has hecho?... A ver, ¿por qué?...

—Porque no nos hallamos suficientemente preparados todavía; porque todavía no sabemos leer, sino deletrear, y mal; y porque ese público diminuto, tú, yo, diez ó doce que diz que nos preocupamos de estos asuntos, no compraríamos el libro redentor llamado á arrancarnos la venda, y el autor, luego de silbado, no tendría con qué comprarse ni una caja de fósforos...

—¿Y tu empleo, del que no habian de despojarte?...

—Me lo quitarían ó no, ¿qué sabemos?, pero con empleo ó sin empleo, habría yo predicado en desierto...

—De eso tienes miedo, de éso, de que te priven del empleo, y por ello ahogas dentro del cerebro la palabra que alienta, el capítulo que consuela, el libro que liberta. ¡Querrias, como todos queremos, que el público agotara tus ediciones, una tras otra, muchas, muchas, y que en el ministerio fueran ascendiéndote, hasta ministro, hasta nuncio, hasta Papa! ¡Ah! imita á tus maestros, anda, aquí los tienes, te los sabes de memoria á tus autores rusos; ve, cual ellos, de tu hogar á Siberia; de tu gabinete de trabajo, al látigo; y llega á la gloria literaria, al apostolado ese que me atribuías sarcásticamente, al través de los presidiós y de los destierros; de las cadenas y de los azotes; de la locura y de la muerte... Entonces, el mundo, ¡entérate bien!, el mundo, maldecirá á quien tal te hizo, y tú, la víctima, supervivirás á tus victimarios y á los siglos; te eruirás en mármoles y en bronce en los pueblos libres, y en los pueblos oprimidos, oculta, pero devotísimamente, como si rezaran, leerán tu nombre, tus páginas inmortales que nadie podrá destruir y que á modo de electuario

F. GAMBOA

supremo, nada más con prometer la aurora que esperamos todos, curarán las viejas heridas de los que vienen padeciendo la negación del Derecho y el escarnecimiento de la Justicia... ¿Qué más quisieras?...

—Te repito que no es tiempo, para mí á lo menos. Acaba tú esa obra, con la que te propones dejar pasmados á propios y extraños ¿qué aguardas?...

—¿Qué aguardo?... ¡Tener fe, perseguir un ideal; que los desengaños de mi vida me devuelvan los ideales y la fe que me hurtaron mis maestros y mis semejantes sin dejarme, en retorno, más que vacíos inmensos que no atino á llenar, y una desesperanza que me lo ennegrece todo! Si fuera yo un creyente, como creyente eres tú, ya mi libro correría impreso; ya habría llegado á quien lo destino, al pueblo, á este pueblo nuestro, ignorante, sucio, vicioso, que es el único llamado á salvarnos, porque vicioso, ignorante y sucio cual lo vemos, es todavía una fuerza dormida, aletargada, ¡lo que quieras!, pero fuerza al fin, y fuerza enorme, que sólo ha menester de un Cristo que le diga: «¡Levántate y anda, hacia la reivindicación y hacia la luz!...»

—Pues trata de creer...

—No, si de tratar, bien que trato... Hasta espero que el día en que ya no pueda seguir creyendo en los demás, en la palabrería hueca con que se aturden y nos aturden, volveré á creer; me noto síntomas ¡mi palabra!, pero cuando pretendo fijarlos, se me desmoronan, se me van, y en su sitio me queda la garrulería nacional. ¡No es uno de balde el descendiente de una raza jactanciosa y el hijo de un país retórico!

Y al llegar aquí, ambos callaban por el adquirido hábito de no ahondar en los problemas trascendentales, ni dejar ver completo nuestro modo de pensar; hábito que es de

RECONQUISTA

rigor en toda esta Hispanoamérica tan perseguida de antaño por inquisiciones religiosas y por inquisiciones laicas. Callaban ambos, y se contemplaban al través de las nubes de humo de sus cigarros y al través de sus respectivos ensueños que habían estado á punto de confiarse en el ahora destartelado estudio de Salvador, el cual no lucía ni la mitad de armas, curiosidades, tapices y cuadros que luciera en la casita de Flores; casa pasada á terceras manos al cabo de dos hipotecas dilapidadas por el artista en buen amor y compañía de sus «hermanos» de cantina y de sus «compañeros» de parrandas y devaneos. Levantábase la sesión íntima, con una paradoja del pintor que gustaba de repetirla á los contados fieles que continuaban frecuentando con afecto de veras, su sociedad de hombre sin dinero:

—Convéncete, hombre, de que yo he sido una excepción, dado que al empobrecer, en vez de bajar, he *subido*.

¡Así era! Su domicilio quedaba en la azotea de la casona antigua, complicada y curiosísima, que aún se yergue con apariencias de perdurar ¡Dios sabe cuántos años más!, en los mismos medios de la calle de la Canoa, en la acera que mira al Norte.

Hay en su piso bajo, á entrambos lados del zaguán ancho y enano, de portal decente, una mueblería de viejo (la clásica especialidad de la calle), y un almacén de pianos nuevos con cierto lujo aderezado, que á las vegadas, cuando los compradores de tales instrumentos prueban sus voces, derrama notas y arpegios por el inmueble todo, que parece se las tragara por las puertas y ventanas de sus innumerables viviendas, según lo pronto que aquéllos se desvanecen y apagan, aun los acordes más fuertes y prolongados. Portal adentro, está el primer patio, espacioso, de losas, con barandales floridos á uno y otro lado, colma-

F. GAMBOA

dos de macetas, de jaulas con pájaros, de niños que ríen y juegan. Al fondo, la escalera, doble á su principio, sencilla después de la meseta, yendo á parar á las viviendas de arriba, que es lo mejorcito de la casa, hasta aquí análoga á todas las de su casta. Donde se singulariza es en los interiores, que los posee, y complicadísimos, tras el lienzo de fábrica, pintarrajeado bárbaramente—una especie de jarrón coreano con plantas y flores, de forma y coloración tan especiales, que alarmaría al más valiente, si, por dicha, no se mirase desconchado á trechos y al descubierto sus entrañas de cal y arena—que hace de fondo á la escalera bifurcada.

En el segundo patio, la cosa cambia. Es el tal, mayor que el primero, sin piso de losas ni corredores floridos; tiene el piso de tierra surcada por arroyos de aguas sucias y jabonaduras dudosas, que salen de las distintas habitaciones y van á dar al desagadero, junto á la pila de chorro corcovado y perenne,—en el que se encrespan y riñen y espumajean, asistidas de las basuras é inmundicias arrastradas en su correr indeciso rumbo á la cloaca y á lo negro. En lugar de corredores floridos, vense rejas de palo numeradas á modo de celdas penitenciarias, desgonzadas, con los barrotes remendados, dando acceso á las viviendas baratas. En las azoteuelas de cada quien y en el patio común, abundan los tendederos de ropa, que se orea oscila y se escurre, y bajo los arcos de la escalera del fondo—que aquí comienza por ser sencilla para bifurcarse en su meseta única, á la inversa de la del patio de «los ricos»—lava el mujerío la ropa propia y la ropa ajena, en medio de gran algazara, de chapotear de agua y guerrear de lenguas. En este patio número dos, pupulan perros flacos y chiquillos ventrudos y mal pergeñados, descalzos, de enmarañadas cabelleras salvajes.

RECONQUISTA

Los que habitan el piso alto, son de muy superior cultura: gente venida á menos, empleados de salario mezquino ó artesanos de jornal crecido; personas que se asean, que leen, que sufren con el patio ese que deben cruzar varias ocasiones al día.

Luego de subida la casi monumental escalera sin techumbre de materia ninguna pero en cuyo descanso, y clavada al recio y elevado muro liso que limita la finca, osténtase una imagen bendita, con lámpara de aceite pagada á turno por los vecinos y un marco de madera que intemperies, lluvias y soles van comiéndose poco á poco; luego de entrarse, á la izquierda, en el segundo piso, por una especie de tránsito, y de ascender una escalera más, desvencijada y angosta, de súbito, transponiendo una puerta que carece de batientes, respirase: ¡es la azotea!... despejada, tranquila, sin ruidos, con el cielo arriba, y abajo, á vista de pájaro, la ciudad, íntegra, como un sueño de esplendor y grandeza; ocultas sus lacerias, la roña de sus pobladores, lo inmundo de sus arrabales, todas sus tristezas y todos sus defectos; sólo viéndose sus alturas, sus torres, sus cúpulas, observatorios y chimeneas humeantes, los edificios modernos de muchos pisos y las arábigas azoteas, cortadas á cercén, de la gran mayoría de sus casas; viéndose sus pocos árboles urbanos, las distantes alamedas, las lejanías de sus montes color de esmeralda de la cordillera que la ciñe y defiende, y, allá, remotos, con perpetuas nieves en la cúspide de sus moles zarcas, los volcanes, que constantemente la amenazan y constantemente la embellecen.

En esa anormal azotea, Salvador encontró alojamiento, una de las cuatro habitaciones iguales que se alzan á su frente, mirando á la calle con sus ventanas de fotografía ó de estudio de pintor, amplias y á vidrios cuadrados, de

cara al Norte. En un periquete alistó su mudanza, que el individuo á cuyas manos había ido á parar la casita de Flores, ansiaba instalarse en el riente y coqueto nido levantado por la enamorada perseverancia de Emilia, y urgía la desocupación; pobre vivienda, vendida en menos de la mitad de su precio, gracias á la incuria de Salvador en pagar los réditos de las hipotecas con que la gravara. Salvador, en el fondo, perdía la finca con estoicismo de verdad. ¡Qué demontras! ¿No se nos va de un golpe ó pianito, lo que á nuestra alma alegraba, lo que hacia feliz á nuestro cuerpo, lo que más queremos y lo que más necesitamos?... ¿no se nos van, descontadas las ilusiones que son manjar de chicos, las esperanzas más arraigadas y asequibles?... ¿no nos vamos nosotros mismos?... Pues entonces, ¿á qué consentir nostalgias ni morriñas, las murrias que de tiempo en tiempo atacabanlo mientras se dió á la tarea ingrata de extraer muebles y deshacer su estudio, malbaratando lo que se sacaba para liquidar comelitonas y momentáneas alegrías de daifas y vino?... ¡Noramala sensiblerías y arrumacos! ¡á desclavar cuadros, y curiosidades, y tapices; y á empaquetar los cuatro leños de que para vivir solitario había menester! El catre de Magdalena, la hija partida al claustro; el ropero de Evangelina, la hija casada y á centenares de leguas; el lavabo de Emilia, su esposa muerta, y unas sillas de Emilia, y la pila de agua bendita de Emilia, que utilizaría, ya acostado, como cenicero, y el vaso de Emilia... y todo lo de Emilia, que ¡á pesar de la muerte! en acompañarlo persistía.

Recién instalado en su empinadísima vivienda de la calle de la Canoa, tardó en ordenar las dos únicas piezas que la formaban. ¡Cuántos días las cosas permanecerían por los suelos, envueltas, empolvadas, en espera de un momento de ánimo que nunca arribaba, que no arribó sino

después de que los contados amigos que le restaban descubrieron la huertera y de ella sonsaabanlo; después de que su propio y creciente escepticismo siguió cegándole sus viejas preferencias y sus gustos viejos, y obligándole á continuar la sangradura de los bultos que atesoraban tapices, curiosidades y armas; por los desgarrones inferidos á tientas, asía lo que quedábales aún de arte y de valor, á fin de darlo al traste en los «empeños», y con su exiguo rendimiento marcharse adonde se marchaba noche con noche: á acabar de envenenarse el espíritu con los intelectuales sus *hermanos*, y rematar luego en el vino y en las daifas... ¡Maldita fraternidad ésta!

Lo que se decía á sí mismo en sus horas de incidez, cuando «*Neizahualcōyōtl*» y «*Ohispo*» lo despertaban, lo que él se decía:

—¿Estará perdido en México todo lo bueno?...

Y con el pensamiento, para que ni sus dos animales lo oyesen y fueran á entenderlo si con los labios se contestaba, contestábase que sí, que casi todo lo bueno estaba perdido, lo mismo en México que en su propio individuo; ambos caminaban, tambaleantes y ciegos, á quién sabe qué abismos de ruina; ambos, obedeciendo á idéntica causa: esa carencia absoluta de sentido moral que á uno y á otro afligía, esa falta de ideales de todo género; ni religiosos, ni políticos, ni artísticos, ni sociológicos; esa abulia individual y nacional en que la nación y sus hijos agonizaban lentamente, lentamente—como son casi siempre las agonías de las grandes enfermedades incurables.—La falta de cohesión y de rumbos, el immoderado afán de lucro, he ahí lo que esquilimaba á la patria, lo que la hería pedazo á pedazo, lo que la dejaba á merced de riesgos y peligros... Sí, casi todo estaba perdido, y lo que nó, estaríalo en un año, en diez, en cincuenta; hasta la juventud de las escue-

las, que en todas partes debiera de ser el vivero de lo noble y de lo sano, aquí perseguía el negocio, el enriquecimiento y la holganza, sin amar el título, ó el estudio, ó la ciencia, sino el metal, el influjo, la concesión ventajosa para ellos, aunque á la larga resulte ruinosa para el país... ¡Bah, el país, la patria! ¿qué significan?... Son vocablos huecos, palabrería de románticos, antiguallas que la *gente seria y práctica* ni menciona siquiera porque en las edades modernas y en los cerebros pensadores, calificase eso de convencionalismo, de abstracción subjetiva y sin enjundia, que á la primera embestida del análisis se desmenuza lastimosamente... Salvador lo palpaba más mientras más se hundía él en ese precipicio de retórica con que sus amigos los *intelectuales* contagiábanlo: ¡nada de ideas estrechas ni mezquinas!... las patrias se borrarán, se borraban ya y reabsorbían en las nacionalidades poderosas de las razas despiadadas y atléticas que hoy marchan á la cabeza y son ejemplo de bienestar, de salud y de cultura.

Y en estos despertares suyos, tan de mañana, antes que la metrópoli se desperezase de su tranquilo y brevísimo dormir, —el vicio y los viciosos apenas si le consienten que medio se repose unas tres horas, de las dos á las cinco,— en estos sus despertares, Salvador, ante el silencio de las cosas y de los seres, se acobardaba, y comenzando por su propio individuo, tan plagado de lacras, no paraba hasta el país íntegro que auscultaba con maravillosa exactitud y precisión, con una clarividencia tan precisa, irrefragable y lógica que á él mismo lo aterrorizaba. Igual que en un período de sonambulismo ó alucinamiento profético, Salvador adelantábase á los años y á los hechos, y sin asiento en que apoyarse, presenciaba sobrecogido la catástrofe final que se cernía sobre esta tierra suya á la que idolatraba, y á la que, sin embargo, no sabía, ya no digamos

libertar—que obra de romanos habría sido,—nó, ni advertirla á lo menos de los peligros que corría y del horroroso fin que la aguardaba si sus hijos no le tendían la mano. Veía el desastre, sus orígenes y causas, que, otros como él, muchos, muchísimos, los sabían y los callaban cobardemente, egoístamente, dejando que la nacional dolencia se agravara hasta no ser posible, en lo humano, hallarle remedio; veía los resultados de las causas y orígenes, los síntomas siempre más alarmantes de la llaga interna y de la erupción al exterior, y, á pesar de ello, permanecía inactivo y mudo, como los otros, que también estaban enterados. Sentíase, además, cómplice de este suicidio lento de la nación y de sus hijos, supuesto que en vez de dar el grito de alarma; en vez de correr una madrugada de esas á las torres de la Catedral y tocar á rebato para que advirtiendo á la ciudad capital, el país entero quedara advertido, en vez de pintar el cuadro aquel que tantas enseñanzas contendría, ó de escribir aquel libro que denunciara el peligro, en vez de eso, dejaba que el país empeorase... y el país se encogía de hombros frente al naufragio individual de Salvador, el país, incierto, caminaba sin curarse del pasado y sin curarse del porvenir... y él, Salvador, bebía, se encanallaba, perpetraba crímenes cual la violación de Carolina, abandonaba el trabajo que redime y el arte que enaltece, perdía la cátedra de la Academia, y, contaminado del asfixiante medio, continuaba peñas abajo ¡aquí me hiero, allá me rompo!, sin preocuparse de dolores ni desgracias, anhelando muy en lo recóndito acabar de una vez y no legar nada á nadie, ni libro ni cuadro; pudrirse bajo el polvo; agusanarse y desaparecer sin que lamentaran su desaparecimiento, después de haber vivido, lo más que se pudiera, esa vida porcina que vivía, á fin de ser igual al país y sus hijos... ¡Si al

menos no le hubiesen amputado desde la escuela su creencia en Dios, su creencia en el alma!... pero, vaya usted á lograr que en los estercoleros renazcan las violetas... Crecerán ortigas y cicutas; y esas sí que crecían, hasta dentro de sí mismo. De dondequiera que cogiese la cosa, á la fuerza paraba en el corazón, que era el enfermo; el corazón suyo; el de los que como él aún dábanse cuenta de que el derrumbe amagábalos; el corazón de México, que, en ocasiones y en un lenguaje extraterreno, sin palabras ni voces, cuando mucho se lo estrujaban sus hijos parricidas, diríase ¡ay! que se quejara con sus cielos preñados de nubes negras, con el viento que en las noches silenciosas y solemnes pasa, gimiendo de veras, por entre bosques y desiertos, con el agua que de sus cordilleras baja y se derrama con apagado rumor de llanto y de sollozo...

—Vaya «Obispo», salta á la cama, ¡anda!, que estoy perdiendo un tornillo—decíale Salvador á su gato.

Y el gato acudía al reclamo, venía de donde estuviera, frotando su espina enarcada contra aristas de muebles y filo de puertas, la cola recta y casi inmóvil, hilando roncamente sin abrir el mostachoso hocico, desde que escuchaba el acento de su amo. Hincaba luego las uñas de las manos en la lana de las mantas revueltas del lecho, y de un brinco ágil, en el lecho se tumbaba á que Salvador le rascara el vientre, y él morderlo y rasguñar, hilando roncamente, hilando, hilando...

«Netzahualcóyotl», por su lado, desgañitábase desde su jaula, en solicitud de alimento y mimo, y Salvador volvía á la realidad y volvía á su cama á reconciliar el sueño, en tanto los desmayados *Angelus* que en los templos nacían y el terco llamar á las primeras misas, adormecíanlo confiado—si la visión del artista había sido muy

intensa,—en que alguien ya, con aquellos repicares, anunciaba los riesgos que se arremolinaban por encima de la ciudad dormida y del país aletargado.

A su segundo despertar, tornábanle en ocasiones sus afanes de antaño por trabajar y el ansia de hoy por regenerarse con sus pinceles y con lo que sabía que llevaba en el cerebro, no obstante su vivir y su pecar; muchos cuadros, muchos, alguno inmenso, que sin embargo no atinaban cómo nacer y en la tela eternizarse, y únicamente se traducían en pinceladas vulgares, una que otra genial, que acababan por sacarle las lágrimas á los ojos, que obligábanlo á reclinar la cabeza impotente en el borde del caballete, ó bien, enfurecíanlo, lo levantaban del asiento, lo hacían recorrer el estudio, enloquecido, blandiendo el tiento, blasfemo y maldiciente; ó rasgar, á puñadas y á coces, el lienzo encuadrado, concediéndoles la razón á sus *amigos* y á sus *hermanos*, que, por lo bajo, y anónimamente en los periódicos, le negaban que fuese tal artista, que nunca hubiera sabido pintar ni diera trazas de llegar á saber, y urdían en su contra un despiadado vacío alrededor de su obra, larga ya y no inadvertida por críticos imparciales y remotos, de otras partes, que ignoraban al hombre y sus defectos.

¿Por qué se ensañaron contra él los suyos, los que lo abrazaban, los que mentíanle amor y aplauso? ¿por qué?... Él jamás varió; siempre fué el mismo: leal, generoso, crédulo; jamás traicionó á nadie ni á nadie intentó privarlo de su pedazo de sol y su pedazo de fama ¡al contrario!...

¿Por qué, pues?... ¿Por sus defectos y vicios?... ¡Pero si se los debía á ellos, á todos!... ¡Si él había llegado de su hogar lugareño y sencillo, con el cuerpo fornido y el espíritu sano!... Caso que alguien debiera de estar enconado,

F. GAMBOA

era él, él, cuya desgracia grandísima—¡ahora palpábala!—estribaba en haberse puesto á trabajar á sus solas, sin demandar arrimo á esta camarilla ni atender las pasiones de la de más allá. Ahí estaba su desgracia, en haberse puesto á engendrar y producir, aislándose en su rincón y sin curarse de troyanos ni de tirios; en que le hubiera importado menos que uno de sus propios bledos, el que ellos, ¡los intelectuales de la capital de la república nada menos!, entre sí se detestaran y á matar se tirasen sus grupos enemigos, desde revistas y diarios, los que en diarios y revistas disfrutaban de influjo ó de acceso, y los que nó, desde los mostradores y mesas de cafés y tabernas, donde los de uno y otro bando concedíanse treguas para beber y degradarse juntos... breves horas en que gracias al alcohol, fingíanse reconciliación y afecto, olvidar lo pasado, sólo preocuparse por la conquista de las alturas del Arte, constituidos en falange incontrastable de inteligencia y refinamiento.

Y Salvador mantúvose siempre á distancia de esta farsa que lo estomagaba y de aquel odio que lo entristecía; Salvador, desde su rincón, siguió engendrando y produciendo su obra de varón que no há menester de teatralerías para demostrar que es hombre á las derechas, de los que dejan hijos robustos, así sean feicitos y encogidos, cerriles y sin fafalaes.

Tal debía de ser la causa del desvío á que hoy teníanlo condenado, hoy, que tanto necesitaba de consuelo á fin de minorar los tumbos de su caída implacable. Como no podría pintar todo aquello, de ahí su afán de estamparlo en un libro, al correr de su pluma bravia, sin estilo, ¡concedido!, pero respirando las páginas lo que sus cuadros respiraban: ¡verdad y vida!

Entonces, metíales mano á los pliegos amontonados en

RECONQUISTA

la mesa del estudio, é hincaba en ellos la pluma con tan reconcentrado furor, que el papel desgarrábase, como la tela, y ni el cuadro ni el libro prometían concluirse. La mañana sí que se concluía, acercábase la hora del yantar y del aguardiente coreado con los perpetuos *hermanos y amigos*; y aunque Salvador jurábase que no los buscaría más, que ese día sería el último, al filo de la una se marchaba, previa una espolvorada de su pergeño, rumbo á la cantina en que los otros, ya instalados, recibíanlo al igual que siempre, afectuosos, conversadores, festivos.

Más que su casita de Flores, ¡parece mentira!, echaba de menos su cátedra en la Academia, de la que lo despojaron con mucha mayor violencia y con mucho menor anuncio que de su inmueble. Una mañana, de cobro de quinceña por cierto, lo llamaron de la dirección cuando él salía del aula con su acostumbrada escolta de discípulos que de verdad lo amaban y con quienes luego de terminada la clase continuaba departiendo de belleza y de colores; con quienes soñaba en voz alta de persuasión y de confianza sus sueños artísticos más recónditos é irrealizables, y en cuyas juventudes sembraba la porción de semillas sanas que raramente dejan de echar raíces hondas; discípulos que le llamaban «maestro», en el noble sentido del vocablo, y que como á tal lo seguían y escuchaban guardándole compañía desde la escuela hasta el taller, en grupo atento que aplaudía sus doctrinas ó á boca llena le festejaba observaciones y agudezas, con escándalo de las gentes que en la calle debían ceder la acera, para no ser magullados, á aquella docena de melenudos distraídos. De la dirección llamaron al pintor y en la dirección se personó, sin sospechar lo que el llamamiento iría á significarle.

—Arteaga—comenzó el director, intentando suavizarle

la nueva con melosas sonrisas,—mi querido Arteaga, ¡hoy es día de malas noticias!...

—¡Quí!—replicó éste sonriente.—Hoy es día de «quincena» y por consiguiente, de júbilo... ¿Le ocurre á usted algo?...

Sí, que ocurriale: no saber cómo notificarle la noticia. Atascándose aquí y tartamudeando allá, por fin, diósele; tenía encargo del ministro de pedirle su renuncia, con la compasiva mira de no dispararle una destitución que por igual perjudicara á Salvador y á la escuela.

¡Válgame Dios, y la puñalada que sintió Salvador al oír aquello! Quiso, primero, que se le repitiera punto por punto el ministerial acuerdo, y lo escuchó entre movimientos afirmativos de su cabeza, como para que mejor se le entrara en ella y dentro se le quedase esculpido. Luego, se recogió en sí mismo, cabizbajo y serio, mirando el tapete que se extendía á los pies del sofá de Viena en que el director repitió la orden, y por remate, muy ronco, respondió:

—Pues de renunciar, no renuncio... ¡Vean Uds. cómo me echan!...

Ante su inesperada resistencia, el director se creció, un punto:

—Peor para Ud., amigo mío, porque entonces será destituido, mal que nos pese al señor ministro y á mí, pero el acuerdo es terminante... Se dice por ahí que Ud. observa una conducta...

—¿Qué significa eso, por favor? ¿que no sirvo para el puesto?...—inquirió Salvador, angustiadísimo.

—No, amigo Arteaga, muy lejos de ello—repúsole el director.—Se habla de su conducta moral... ¡Vamos, Arteaga, no me obligue Ud. á concretar!

—No, si ya puede Ud. guardarse el resto, que, con per-

dón sea dicho, ¡no me importa ni jota! Es que creí que Uds., ¡no se ofenda Ud., señor Orellana, ni lo tome á mala parte!..., ¡creí que Uds. me declaraban incompetente en mi oficio!—Y francamente rompió á reír, y más francamente aún rompió á hablar:

—Verá Ud., señor Orellana, verá Ud. por qué ahora, menos que antes, me inclino á renunciar, ¡así me maten!... Verá Ud...

Y el señor Orellana, por contemporizar, hubo de tragarse, íntegra, la catilinaria del artista despechado, quien, en su habla viva y pintoresca, soltó cuanto se viene á los labios de un hombre independiente y de poderoso intelecto... no pervertido en sus ideas fundamentales aunque no camine muy derecho por las demás callejuelas de los convencionalismos y de las hipocresías, cuando le asestan un golpe que no esperaba y que le destruye sus creencias en la justicia y en el derecho. A raudales le brotaban las palabras, ora silbadoras cual irritadas sierpes, ora melancólicas y blandas cual sepultureros de mutiladas victorias y de ídolos rotos. Flagelaba, en ocasiones, á los gobiernos y á los individuos que los forman, por injustos, por ignorantes, por arbitrarios y perversos, fundándose en que el gobierno-abstracción no existía, en que sólo existen los que se escudan tras esa palabra que á modo de vulnerable coraza, lo cubre todo: á veces, el Gobierno, lo es un rey, un sultán, un presidente de república, un czar, algo respetable y grande, y á veces, el gobierno es el publicano, el gendarme, el lictor, el covachuelista, algo vulgar y ruin, sin responsabilidad ni criterio, tiránico y despiadado que tritura ó aplasta; las camarillas, los privados, los que medran y vencen, amparados á la sombra de los de arriba, á quienes se aproximan por las infamias y las bajezas...

—No lo digo por Ud., señor Orellana—se adelantó á afirmarle Salvador, cuando el otro iba á meter baza y á atajar la pedrizca,—lo digo por los que yo me sé... y que usted también sabe!

Sarcástico ahora, volvió á la carga, y diseñó sangrientas caricaturas de personajes encumbrados, más viciosos que él ¡á todas luces!, y sin la atenuante suya: ellos llevaban, amén de sus vicios, el cerebro hueco, y él, Salvador, nó, llevaba vicios, pero llevaba talento:

—Sin modestia, director, la verdad pura.

El director, poniéndose en pie, enseriado y grave, dió punto á la lluvia de denuestos oposicionistas:

—¡Basta, señor Arteaga, Ud. sabrá lo que hace!...

—Rogar á Uds. que violenten mi destitución, porque sin ella, no hay quien de la cátedra me saque.

Poco hizose esperar; á las veinticuatro horas de lo hablado, la destitución le llegó dentro de cubierta alargada y con todos los requilorios: «Secretaría de Justicia é Instrucción pública.—México, á tantos de tantos, etc.»; lo de rigor en casos tales. El pliego fué crucificado en el taller, y aun desfigurado en su redacción: la palabra «Justicia» aparecía tachada, y la palabra «Instrucción» en «Destrucción» convirtióla, diz que—solía decir,— para ejemplo y escarmiento de futuros candidatos al magisterio de la belleza.

Y lo que es su destrucción propia, si que se acentuó á partir de la destitución de la Academia por él idolatrada desde su arribo á la capital, cuando mozo, á la que más amó conforme más la frecuentaba, en la que entró triunfante, decidido á realizar prodigios artísticos de palabra y de obra, los que por dentro bullíanle mientras fué feliz, y de la que lo habían expulsado por inmoral en su conducta privada, porque alguien propaló, sin duda,

su triste hazaña con Carolina... Así asegurábasele Covarrubias:

—Damas encofetadas movieron influjos poderosísimos para que en desagravio á esa pobre niña de la Colonia de Santa María, te plantaran de patitas en la calle... ¡Más vale que la sepas!

Por los ojos de Salvador pasó una nube perceptible—¿de remordimiento?... ¿de cariño aún no extinto?...—y durante unos minutos dió á su amigo la callada por respuesta; que ni con Covarrubias mencionaba nunca el sucedido. Airado, luego, desatóse en improprios contra todo lo creado, señaladamente contra las cosas divinas (que nada tenían que ver), y contra cosas y personas de gobierno (á las que maldito lo que les importaría esa ira). Así andaba el país, ¡claro!, entre curas y faldas...

—Yo soy muy libre de meterme con cuanta mujer me venga en mientes, si ella lo tolera; y de no volver á casarme, aunque mis desmanes con alguna lo reclamen, ó aunque sus vengadores naturales, si los tiene, me metan cuatro tiros por seductor y vagabundo ¡muy bien metidos!... Pero un ministerio, según tú me lo afirmas, ¿por qué diantres ha de convertirse en el enderezador de los tuertos que causen sus dependientes?... No puede ser, hombre, te digo que no puede ser. ¿No ves que yo seré muy inmoral y corrompido, y al propio tiempo muy buen pintor?... A mí no se me contrató para la cátedra de Historia Sagrada ni para edificar, con mi ejemplo, á colegiales crecidos que de coro se saben las cuatro reglas; me contrataron para la cátedra de paisaje, ¿estás?... ¿A qué escarbar, pues, en mi vida privada, si á nadie le debo cuenta de ella?...

Ahí, Covarrubias, salíale al encuentro y en convencerlo esforzábese de que sí debemos ¡todos! rendir cuentas, y

F. GAMBOA

estrechísimas, á Quien se halla por cima de todo lo malo y á cada cual discierne lo que se merece...

Blasfemaba Salvador de que el novelista le opusiera argumentos tan infantiles y quebradizos, «los que,—afirmábale,—ya nadie con dos dedos de frente tomaba en serio.»

Enzarzábanse en el altercado, que, á poco, agriábase y en pelea de verdad transmutábase, allí, en el destartado estudio polvoso, sin más testigos que el «Obispo» — que ni pizca se preocupaba con tal disputar,—y «Netzahualcóyotl», que, siempre prisionero en su humilde jaula de *carrizos*, aleteaba, iba y venía por sus travesaños y silbaba sus trozos mejorcitos, los montaraces nunca olvidados á pesar del cautiverio y de la residencia ciudadana. Covarrubias, sin embargo, cedía el primero, y solemne, emplazaba á Salvador:

—El milagro te arrancará la venda, el milagro de que hoy ríes, pero que á la fuerza se te presentará en una ú otra forma ¡ya lo verás! Bueno es que sufras lo que sufres, y mejor que sufras más aún... Sin duda, no te creas que es poco caritativo mi deseo, ¡al contrario! Las almas del temple de la tuya, de eso han menester, de un castigo en relación con su fortaleza... Tú no eres sino un descarriado, ¡mal que te pese! ¡Y tornarás al redil, vaya si tornarás!...

—Pero, Julián — interrumpíale Salvador,— ¿adónde se te va el sentido cuando hablas de estas cosas? ¿Cómo es que no las escribes en tus libros?...

—Porque el camino de los libros es más dilatado que el de los cuadros; los libros necesitan andar mucho para producir su efecto, años de años, y hay que principiar por atraerse al lector, por fabricarse un público á fin de luego decir lo que decirse debe, lo que uno se ha pro-

RECONQUISTA

puesto decir desde los comienzos... Mas, volvamos á tu caso, para acabar, ¡ea!, que no quiero reñir contigo; tu caso es igual al de la mayoría de los incrédulos teóricos, y teóricos lo son casi todos ¡créeme á mí!, vale decir, de muy fácil de cura. ¡Sufrir, sufrir, y sufrir!... si, aunque se te salten los ojos y me supongas chiflado; sufrir, que es la panacea por excelencia para los males del ánimo... El día en que ya no tengas á quien volverte, ni esperanza en que reclinar tu cabeza, ni fe en que apoyarte para concluir tu peregrinación de la cuna al sepulcro, ese día, fatalmente, te volverás á Dios y sentirás que floreces, por adentro; y las espinas de afuera no se te hincarán más en tus pobres carnes doloridas, ó si en ello persisten, ya no te harán el daño que solían ¡qué han de hacértelo!... Por eso me alegra que en la justicia adores, que ames al pueblo, que proyectes cuadros de prédica y consuelo; y me alegra también que te rebeles cuando tú, ó la justicia ó el pueblo padecen. ¡Padezcan más ellos y tú más que ellos, y la reacción será próxima y definitiva!... ¡Anda, criatura, anda, coge tu paleta, y, mirando hacia lo alto, pinta lo bajo, lo que sufre, lo que gime en eucarística espera de la hora infalible de las reparaciones! ¡Pinta á tu pueblo, pinta sus dolores y congojas, las injusticias que lo ahogan!... ¡Anda, busca el alma nacional, búscala entre los miserables y necesitados de educación y de moral, de pan y creencias; búscala bien, que allí palpita y allí la hallarás!... ¡Bobo, que sólo con querer hallar esa alma inmensa, no sabes que has encontrado ya la tuya propia!... ¡Sufre más, hombre, sufre más!...

Sufrir—pensaba Salvador á sus solas.—Y ¿qué más quería Covarrubias que sufriera? Aun cuando por su culpa sufriese, lo cual no era cierto, porque una buena parte de sus sufrimientos reconocía por causa culpa ajena, aun

cuando por su culpa sufriese, ¿por qué sufrir? ¿á quién beneficia el dolor?... Hasta el crimen beneficia á alguien, pero el dolor, ¿á quién?... ¿Qué había hecho él, á ver, qué había hecho para que le fuese como le iba? Descontado su pecadillo con Carolina—que le molestaba de tiempo en tiempo, y aun en ocasiones desvelábalo, — ¿qué había hecho fuera de esto, para que el naipe le diera tan mal y todo le saliera tuerto, cuando no ciego, sin que la rueda presentara trazas de girar un poquito y darle respiro?...

Veía su vida muerta, la feliz; veía su vida viva, la actual; su vida por nacer, la de mañana, la de aquí á un mes, la de aquí á un año, y no les encontraba lazo de unión; antes antojábansele vidas de individuos diferentes que no tuviesen entre sí ni la menor liga de parentesco. ¡Qué diferencia entre aquélla y la de hoy! ¡cuánta semejanza probable entre la de hoy y la de mañana!... Los náufragos mismos—Salvador gustaba de equipararse á ellos,— ó perecen de una vez, ó se rehacen y tornan, más ó menos tarde, á las playas de que los alejó la necesidad, el capricho ó esta maldición condenada de ir por ahí trabajando el sustento; y él, que era náufrago, y patente, ni acababa de morir, ni inspiraba sana piedad, ni agonizaba á las derechas. Sacábale de quicio que no obstante los descreimientos de que alardeaba, nunca se decidiera á despacharse por sí mismo, en una de sus tantas murrias como rumiaba en el desmantelado estudio polvoriento, dentro del cual hasta los ensueños de otrora, los entusiasmos artísticos parecía que se amodorraran, que se prendieran á las telarañas de los rincones del taller, á las de la entumecida voluntad del pintor... Y no se despachaba, nó, acomodábase á vivir cual vivía, anhelante de tropezar un buen día con *algo*, que, aunque no atinaba con lo que sería, de mucho tiempo atrás hacía falta grandísima...

¿Dinero?... ¡nó! Cada vez ganaba menos, cierto, mas así y todo, lo poco que apañaba y lo demasiado que mal vendía de los restos de su estudio, dábanle de sobra para seguir tirando del carro, para sus comidas en fondas humildes y sus copas en cantinas baratas; para conllevar esa especie de bohemia—siempre odiada,—que lo envejecía prematuramente.

¿Faltaríale el arrimo de sus hijas?... Sí que le faltaba, sin duda; pero aparte que Magdalena andaba Dios sabría dónde, en Roma, ó Barcelona, ó Nueva Orleans de monja profesa que ha dicho adiós al mundo y no hay quien averigüe su paradero; aparte que Evangelina le escribiera del salvaje rincón de Chiapas en que se hallaba soterrada, cartas tardías que traicionaban sus nostalgias y tedios, por mucho que en alguna le hubiese notificado el advenimiento de robusto varón bautizado con el nombre de él, de su abuelo, y en epístolas posteriores le viniese narrando menudamente las proezas, enfermedades, dentición y fiebres palúdicas del infante; todo eso aparte, y aun cuando Salvador supusiérase rodeado y mimado por ellas y hasta por el nietecín, sólo alivio sentía, pero comprendiendo que no era el *algo* aquel de que necesitaba.

¿Le faltaría amor?... Y reíase de sí propio. ¿Amor á su edad, con sus escepticismos y experiencia?... ¿Acaso no había burládose del que Carolina le brindara, por saber lo que tales brindis significan y en lo que paran? Y por lo que al otro amor miraba, al momentáneo que nos presta descanso y despejo luego de practicado, ése, teníalo á cualquier hora, á cualquier precio, con ésta ó con aquélla...

Quizá le faltaría un estímulo para proseguir su obra artística truncada brutalmente por cábalas, persecuciones y envidias ocultas, por la conspiración del silencio urdida contra sus cuadros, por el vacío en que éstos caían, gra-

cias á amigos de verdad y á hermanos de ideal... Cual si ya hubiese despejado la incógnita, quedábase suspenso un punto, para á poco volver á sus cavilaciones y recuentos. Nó, tampoco era eso, ¡ése menos que nada!, pues no obstante su despeñamiento—que despeño y no descenso era el suyo,—conforme bajaba más, reputábase más alto que las cofradías y pandillas de quienes con su misma envidia y sorda guerra, confesábanse sus inferiores y con mezquindad le estorbaban el remontarse, á fin de que no los opacara y le fomentaban sus vicios é instintos torpes, para facilitar el traspies final, que á nada nos reduce, así en el cerebro llevemos altezas y pensamientos grandes... ¡Ah!, Salvador veía bien los tiros, conocía las tácticas viejas: si alguien nos sobrepasa de una pulgada siquiera, ¡duro con él!, ¡tirarle á la cabeza!, ¡que la incline, que la doble, que vea hacia los fangos por donde vamos todos caminando indignamente! ¡que nadie sobresalga, que nadie se declare independiente y produzca á sus solas, según producen los machos poderosos y nobles, sin alabanzas ni ayudas! ¡que se doblegue el rebelde, que aprenda á arrastrarse y á adular y á fingir! ¡que engañe, que mienta, que aplauda, lo censurable y frente á lo laudable se alce de hombros! ¡que sea como nosotros, que, allá vamos, á los empleos descansados, á las sinecuras bien retribuidas, en compacto tropel de lobos domeñados y envilecidos que sólo dentellean entre sí y mutuamente se devoran á efecto de que la manada disminuya y las protecciones aumenten en honra y provecho de los tenaces, de los que en nada reparan, de los que cantan, tocan, pintan, esculpen y escriben al mejor postor, en obsequio del amo que más monedas arroja á los surcos estériles de sus existencias de artistas falsos!...

El, Salvador, persistiría en su alejamiento, persistiría

en producir aislado y solo en cuanto curara de esa impotencia transitoria que hoy le afligía, sin afiliarse á pléyades ni cenáculos, yendo en busca de la verdad y de la luz desde el fondo de su actual miseria despiadada que de aceptar tenía, como una prueba, únicamente como una prueba!, de la que saldría triunfante y magnánimo... Sí, saldría sin rencores para los causantes directos ó indirectos de ella, al no más que tropezar con aquel *algo* que le faltaba y que no acertaba á descubrir en parte ninguna.

Y ora poníase á emborronar cuartillas, que no le satisfacían después de escritas; ora sentábase frente á la tela impoluta de algún cuadro en proyecto, cuya blanca pureza estupraba febrilmente con ansia de estampar algo inmortal y bellissimo; y de no lograrlo, de convencerse de que el Verbo y el Color abandonábanlo—en castigo sin duda de los abandonos de él,—rompía á llorar en llanto de sollozos dentro del estudio, desmantelado y polvoriento, mientras los acompañantes de sus horas negras y de sus días grises, el «Netzahualcóyotl» y el «Obispo», maldito si le hacían caso ó si con su inmenso duelo simpatizaban; al igual de los prójimos y semejantes del pintor, «Netzahualcóyotl» silbaba y «Obispo» dormía, hecho un ovillo insensible, sobre el solo mueble de talla que sobrenadaba en el estudio, el sillón abacial de caoba, tapizado de tela magnífica venida á menos.

Entonces, Salvador echábase á la calle, á caminar mucho, hasta las vecindades de Chapultepec; á campo traviesa, para no contemplar el desfile de carruajes de los ricos y para ver de resucitar, con las caminatas feroces, lo que á la fuerza dormiría dentro de él de su infancia campesina.

Con el cansancio y el atardecer, amortiguábasele un tanto las penas, lo bastante para cobrar esperanzas de sa-

nar el día menos pensado. Tumbábase encima de la hierba, de cara á las nubes, para pensar alto, y veía cómo los astros iban encendiéndose uno á uno, por parejas, por constelaciones; sin proponérselo, pensaba en mundos infinitos, en existencias superiores, en felicidades supremas, y ganábalo una dulzura intensa que lo inmovilizaba de cuerpo y le soltaba las ideas á que volaran, á que subieran, allá, arriba, ¡quién sabe dónde!, cual si sus ideas poseyeran alas y en la mente del artista desgraciado se consumieran prisioneras... Si por acaso cerraba los ojos con el propósito de que la jaula de su cráneo no quedase desierta, ¡qué incongruencia!... ¿pues no entrábanle secretas ganas de ponerse á rezar, muy quedito, para los astros? ¿no involuntariamente volvíase á Dios y se creía dotado de su alma de niño, la que en las escuelas habíanle amputado cuando le demostraron con una millonada de razones científicas que la tal no existe ni es posible que exista porque... pues, por todo aquello que le explicaron y que á él se le grabó corrosivamente en los interiores de su sér?...

Salvador atribuía el curso de sus pensamientos á debilidades impropias de hombre, y ahogaba el impulso, rompía el hechizo, se incorporaba bruscamente, y, ya anohecido regresaba á la ciudad, á la cloaca cuyas fosforecencias impuras, á la distancia diademábanla de un halo luminoso. A la cloaca tornaba; y para que la tentación no lo invadiera otra vez, en lugar de mirar á lo alto, á lo bajo miraba, gacha la cabeza y el andar tardo; como si el *algo* que faltábale, hubiera de encontrarlo por los suelos, buscando, buscando...

II

Convencido de que se estrellaría al tocar la tierra, apretó sus ojos y extendió los brazos, vertiginosamente atraído por el abismo que columbraba en su descenso... ¿Por qué caía, tan de repente? ¿Por qué había subido, tan alto, con qué poder, desde cuándo?...

Como tardase en llegar, no obstante que bajaba á grandísima priesa, entreabrió los ojos, con miedo, para averiguar por dónde iba, y tan cerca hallóse de la tierra que, en rápida ojeada, abarcó un extenso conjunto: los volcanes, las montañas, los lagos del valle de México, al instante reconocidos; luego, vió la ciudad enorme, tendida á sus pies, morisca, envuelta en gasa de polvo, apenas rasgada aquí y allí por las torres de los templos, por chimeneas, por los observatorios simulando minaretes... Y conforme acercábase, siempre con los brazos rígidos, convencido de que lo mataría la intensidad del choque, sudando un frío sudor copioso que lo empapaba y estremecía por lo irremediable del riesgo sin duda, todavía acertó á mirar la florescencia extraña de la anciana ciudad impenitente; sí, vió unas flores extraordinarias, cuyos nombres, sin embargo, él sabíase de coro aunque de nadie los hubiese aprendido, que aplicaba con una portentosa atingencia no obstante divisarlas malamente en su sin igual caída; flores con aromas ignotos, con colores fantásticos, cual ni los chinos ni japoneses imaginaron nunca para los bordados mágicos de sus sedas ó para el esmalte